

La Hora[®]

LO QUE NECESITAS SABER

ANEXO ESPECIAL

Bruno Sáenz

EL POETA DE LA VANGUARDIA



RS

PERSONAJES

REVISTA SEMANAL

BRUNO SÁENZ EL POETA DE LA VANGUARDIA



Foto tomada hace 15 años con todos sus hermanos

EN MEMORIA DEL POETA

Bruno Sáenz Andrade, el aprendiz de la palabra, poeta, historiador, ensayista, dramaturgo, matemático del alma, jurisconsulto, ha dejado este mundo hace ya algo más de un año y ha abierto las puertas de su trascendencia, al dejar un legado de valor, tallado en una poesía de vanguardia, de verso libre y fraguado en valores humanos extraídos de su fe religiosa, de la historia de su país, de su ciudad, de su gente, de su familia y, de la vida.

Hace poco, la Academia Nacional de la Lengua rindió un sentido homenaje a quien fuera uno de sus miembros de número y varios de sus compañeros nos brindaron una imagen de quien se autodenominado

como “aprendiz de la palabra” como tituló a una de sus obras; y no lo hizo en un arranque de humildad, sino como una proclama de su comprensión de su oficio “escribir para Bruno no era un oficio esporádico, ni el fruto de un momento privilegiado” el oficio del poeta era para él, “una labor de todos los días” y todos los días aprendía de la palabra.

Simón Espinosa envió a este acto unas cuantas palabras sobre Bruno, al decirle que “el paso que aún no has dado puede ser el primero porque hay una tierra que labrar” Y recoge unos versos del poeta: “Ciego, sordo como tapia, me enfrento con el misterio.

Mi nada pende del cielo en una hilacha de palabras”. Es que cuando Bruno Sáenz escribió dichos versos, la enfermedad empezaba a doblegarlo y a pesar de ello, no perdió su personalísimo sentido del humor con el que contagiaba a todos quienes lo conocieron. Diego Araujo Sánchez, decía: “Tenía un duendecillo que lo impelía a la broma” y el propio Sáenz confesaba; “No puedo evitar los chistes malvados”.

Su poesía, escrita mientras escuchaba alguna obra clásica de su colección, pues, era un melómano ineludible, según Espinos era “más o menos, suave y callada que, sin embargo, consiguen ser inmensos”. Jorge Dávila Vásquez, poeta cuencano, disecciona la obra de Sáenz, con la maestría del que ejerce el oficio y nos dice: Bruno Sáenz Andrade, es uno de los cinco nombres mayores de la generación de los 70, con Julio Pazos, Alexis Naranjo, Javier Ponce e Iván Carvajal. Hace más de 40 años defendí la estatura lírica de Sáenz, cuando incomprensiblemente, Hernán Rodríguez Castelo lo omitió en su *Lírica Ecuatoriana Contemporánea*, y desde entonces, he celebrado la evolución de un trabajo sostenido, que ha llegado en la actualidad a su serena y honda madurez.

Aunque la temática del autor es variada y rica, sin embargo, me permito destacar 4 aspectos fundamentales, que alcanzan su mejor desarrollo en sus libros: lo religioso, lo artístico, lo literario -como una espe-

cialización del anterior- y lo familiar. Acerquémonos a estas vertientes poéticas, con el respeto que merece una obra literaria de calidad.

Aunque las fuentes de la que se nutren los versos de Bruno Sáenz son múltiples, estas están ligadas a sus vivencias y a sus concepciones fundamentales: los versos religiosos “en el texto revelan una profunda convicción vivencial, que viene desde siempre y que está arraigada en lo más genuino del poeta”

Jorge Dávila Vásquez no es el único que encuentra y destaca esta faceta de Bruno, Diego Araujo Sánchez también lo dice y, copiando los versos del poema *Ascensión*, nos convence de este aserto.

“Estuve allí con ellos, uno entre los apóstoles, un siervo entre los Once.

En mis ojos y el cielo de inmensa transparencia, la persona del Cristo se elevó a lo más alto.

Dejó, al pasar la puerta de un Edén invisible, un vacío encendido, una gloriosa ausencia.

Rememoran la escena catecismos y lienzos: el agitado grupo, la ilusión de los dedos que tratan de aferrar un jirón de la túnica, el labio balbuciente.

No acababa de irse, de huir de mis pupilas. Yo aún sentía su mano -¡oh, además de confianza!- lealmente posada sobre uno de mis hombros.





No hubo un solo discípulo ajeno a esa manera feliz de tentación: la de volver la cara, de mirar al amigo.

Ninguno de nosotros quería darle la espalda...

No quitamos la vista de la figura en fuga. Libramos a la Fe la secreta presencia". Es que a lo largo de la obra "El viento del espíritu desata los legajos" que sirve a Dávila como referencia para sus análisis, "hay muchas alusiones de carácter religioso, no precisamente devoto, a la manera tradicional, sino saturado de un sentido de fe, de doctrina, y poemas cuyo indudable carácter encaja dentro de esta clasificación, que son verdaderamente magistrales, como

BAUTISMO DEL SEÑOR: "El Cordero sumerge su cuerpo en el Jordán..."; **DÍA DE IRA:** "El ángel de la venganza sigue el rastro de la presa."; **VIENTO DEL ESPÍRITU:** "¡Oh portón siempre cerrado! ¡Oh prados del Paraíso!"; **VIGILIA PASCUAL:** "La visión del pintor rehace el claro-scuro... // Roba solo la esencia a la noche de sábado"; y varios más: **PROCESIÓN, VILLANCICO, A MI ALMA, MUERTE Y JUICIO, EL ESPÍRITU SOPLA DONDE QUIERE, EL CRISTO A MIS ESPALDAS, FIELES DIFUNTOS, HOMILÍA, VENI CREATOR**". Lo artístico en la poesía de Bruno Sáenz, es el segundo aspecto que resalta, Cedo a Dávila la palabra y él nos dice: "Sáenz es hombre de honda formación artística, con gran conocimiento de la producción estética en sus varias manifestaciones, reforzada por sus viajes e infinitas lecturas. Tres ramas del arte ocupan lugar de privilegio en su sensibilidad y su intelecto; naturalmente, la primera, la literatura; la música y la pintura, escultura y arquitectura de todas las épocas.

¿QUIÉN HA DE SUPRIMIRLOS?

es un impresionante texto-meditación sobre la supervivencia del boceto, del borrador, del esbozo, más, mucho, más allá de la obra acabada: "son irrenunciables". ¿Cómo así?, el poeta afirma que "formulados en la cripta del alma, no pueden regresar a la nada". Hay siempre una subsistencia "del trazo inicial", que diversos medios lo descubren, como los rayos X en lo pictórico: "el gesto inhábil y la construcción admirable no pueden sacudirse de encima su perennidad de El tercer aspecto que Dávila encuentra en la obra de Sáenz, es lo literario:

Desde muy joven, el escritor ha vivido un intenso amor por la literatura, no solo en su hogar, sino también en los centros educativos que frecuentó. Perteneció al Grupo Literario "Ágora", que publicaba una revista y mantenía un claro enfrentamiento con los Tzántzicos, y reconoce el magisterio de Hernán Rodríguez Castelo.

Sáenz es uno de los nombres más interesantes del teatro ecuatoriano y su "Biografía ejemplar del Doctor Fausto" debería constar en todas las antologías de textos dramáticos del país. Ha publicado importante narrativa, siendo su libro "Relatos del aprendiz", el título suma de esta modalidad; tiene un volumen de ensayos; pero lo que destaca sobre todo en su producción son sus diez poemarios, Escrito mayoritariamente en versos amplísimos, cuando no en prosa lírica. Así, en la primera, RUINAS DE LOS CENÁCULOS, hallamos, entre otros, un angustiado "Diálogo con la línea reticente": "Trato de pronunciar un adjetivo, un verbo. Emito un balbuceo...", parece expresar la lucha escritural. En JOB ENTE LAS CENIZAS, el muy expresivo "Desnudez de la palabra": "La excelencia de la lengua ha perdido la memoria del verbo"; en SI EL GRANO NO MUERE, el desolado "Sombra de la letra":

"Eso, una sombra, un misterio... queda escrito como trazo de nada sobre la nada."; de MÁRMOL A MEDIO DESBROZAR, la breve meditación en torno a las limitaciones de la creación poética "Nombre de la rosa":

"No recuperan los verbos la forma ni la tersura." Y finalmente, de PORTÓN DESCERRAJADO, diría que trae como un inventario de la tarea de escritor, cumplida a lo largo del tiempo; sin vanidad, pero sin falsas modestias, en su formidable "Reconocimiento", nos dice, aunque metafóricamente, lo que ha hecho en el campo de la escritura, una y otra vez, "Ya corregirán lo ángeles los errores de mi empresa".

LA FAMILIA

Finalmente, Dávila encuentra que la familia es una de aquellas fuentes inagotables que nutren la obra de Bruno Sáenz. “Hay múltiples textos en que evoca a su hijo Franz Josef y a la compañera de buena parte de su vida, Elena. Así, en CAZA NOCTURNA, le dice a ella: “Solo encuentro tu mano. Entrelazo mis dedos con ella...” En RETRATO DE MUJER: la piensa como una imagen perfecta y la identifica con ella misma idealmente: “¡Oh, gloria! ¡Oh, simulación de la eternidad! ¡Oh, estatua cuyos dones guían la mano dócil del artista!”. En la prosa lírica TREN Y PASAJERO piensa en un viaje del hijo en Europa, imagina lo que verá, lo que evocará, las ideas que cruzarán por su joven mente, y acaba dedicando el texto a madre e hijo.

Franz está en el hermoso VISITA, y aparece en REMINISCENCIA, invadiendo, con su madre el ámbito sagrado del estudio del padre poeta, en pos del computador. El ermitaño cede, y se prepara a extrañar la joven figura cuando esta salga en pos de ámbitos mayores, porque “la caverna de tu padre se ha vuelto para ti estrecha.” Quedan tantos ricos motivos por analizar, en una poesía que semeja un torrente inextinguible.

Bruno Sáenz nació en la ciudad de Quito, el 13 de septiembre de 1944.

Dividió sus actividades profesionales entre el ejercicio del derecho, evitando litigios y juzgados, ocupándose de tareas de escritorio y de asesoría dentro del sector público ecuatoriano, y la administración cultural, como funcionario y, alguna vez, subsecretario (viceministro) de cultura del Ministerio de Educación y Cultura.

Estudió en su país, en Chile y en Francia.

Comenzó a comprender la seriedad de la escritura al mediar su formación colegial.

Estuvo casado y tuvo un hijo.

Ingresó como miembro correspondiente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua el miércoles 11 de septiembre de 2013 en el Auditorio del Centro Cultural Metropolitano «Benjamín Carrión», cuando leyó su ponencia titulada Cartas de Julio Zaldumbide y Juan León Mera en las Memorias de la Academia.

Falleció en Quito el 11 de enero de 2022.

OBRAS DE BRUNO SÁENZ ANDRADE

El aprendiz y la palabra.

De la boca que, abriéndose, manda al silencio que se ponga a un lado

¡Oh, palabra otra vez pronunciada!

Escribe la inicial de tu nombre en el umbral del sueño.

La máscara desnuda los trazos de mi cara.

Iluminaciones para un libro de horas.

La noche acopia silencios.

El viento del Espíritu desata los legajos.

Cuento:

Relatos del aprendiz.

Ensayo: El caminante mira como pasa el camino.

Teatro:

Comedia del cuerpo (Crónica de los incas sin Incario,
Una danza macabra.

La horca de oro.

El pájaro que se posa en tierra.

La admirable manía.

Leyenda del pícaro fraile.

Liberación.

Biografía ejemplar del Doctor Fausto.

Mitos.

Misterios

Dormición de Eurídice.

Prometeo Liberado.

La Piedra de Cantuña.

El duende en el baúl.

La mesa de los muertos.

Coloquio con la momia.

Bruno Sáenz



El caminante mira
como
pasa el camino

BRUNO SÁENZ: LA MUERTE ILUMINADA POR LA FE **Por VLADIMIRO RIVAS ITURRALDE**



El poeta y su corta familia

Bruno Sáenz (1944-2022) fue una rara avis en la poesía ecuatoriana. Lo más llamativo de él era una fecundidad que, sin embargo, conllevaba un cuidado extremo de la forma. Era un poeta católico, no a la manera himnica, ampulosa, de Paul Claudel, sino íntima. Como Carrera Andrade y Borges –dos figuras tutelares–, celebraba las cosas cercanas y, con la curiosidad exploratoria de un Vermeer, repetía los mismos temas con perspectivas diferentes. Celebraba con serenidad y exquisitez el mundo doméstico que le rodeaba: Quito, su familia, su biblioteca, los asombros de la lectura, su música, su casa: la casa. La casa del hombre: el mundo, su mundo. Como en toda poesía verdadera, lo primero que se percibe en ella es un ritmo, un ritmo que, como un río sereno, conduce al lector sobre aguas tranquilas pero firmes. Hay una imaginación verbal que no se esfuerza por deslumbrar: está ahí, casi sin sentirse. Aun sus metáforas fluyen con naturalidad y fortuna. No menos cercanos a su poesía son los misterios del

culto cristiano y, sobre todo, la idea de la muerte, a la que miraba con asombrosa proximidad y familiaridad. Escribió Octavio Paz que la fascinación por la muerte no es un rasgo de la vejez sino de la juventud. Ante la abundancia de muerte a su alrededor, el viejo llega a familiarizarse con ella. Para el joven, en cambio, es una extraña: la gran extraña. Bruno no vivió la fascinación de la muerte sino su familiaridad. La contemplaba hasta asimilarla, hacerla suya, como la conciencia se apropia de los seres sensibles de la Tierra. Mientras en las dolorosas elegías de Javier Ponce la mirada sobre la muerte es trágica, vivida (más que contemplada) como la negación –la gran enemiga que ausenta a los seres queridos, y en Iván Carvajal encontramos –en “Los amantes de Sumpá”, una elegía con la estoica serenidad de los clásicos españoles– aquel “amor constante más allá de la muerte”, en Bruno Sáenz asombra su aceptación casi jubilosa de la muerte.

En la raíz de esta concepción palpita la experiencia religiosa, una vivencia profunda del cristianismo. No hay aquí el misticismo de un Javier Sicilia, tan próximo a San Juan de la Cruz. La fe de Bruno Sáenz (y la de su poesía) es, si se quiere, menos ambiciosa, más humana. La esperanza en el más allá, en la salvación y la resurrección de la carne, alienta de un modo balsámico en su poesía. Uno de los más representativos poemas de esta tendencia es "Del cántico de las criaturas", una bella oración de loa a la muerte a la manera de San Francisco de Asís:

Loado seas, altísimo, omnipotente, buen Señor, por nuestra

hermana la muerte corporal,
humilde, limpia y casta, que cumple la tarea de separar el alma de
la carne, la estatura del hueso, el nombre de la boca, el paso de la huella;

"Antes del alba", uno de sus mejores poemas, es una hermosa y extraña metáfora de la resurrección de la carne. Asistimos primero a la descripción alucinante -imágenes del Bosco- de una suerte de fosa común -Valle de Josafat- donde los cadáveres, amontonados, están a la espera de algo.

Ese algo es la palabra divina que, en el amanecer, los ordenará levantarse y echarse a andar hacia la salvación. Ese levantarse de la mortalidad será justamente el alba, el comienzo del nuevo día. Mientras tanto, la carne vive en la esperanza de la resurrección:

Lianas que huyen del sol y se desvían
a la siniestra hondura de las cuevas
cerradas para siempre por la losa sin falla,
hilachas arrancadas del lienzo o de la sábana,
las cabelleras de los desenterrados
se sueltan y se esparcen encima de la tierra,
encima de la culpa y de la misericordia.

Los torsos de los ajusticiados
-cuerda a medio torcer-
se dejan ver ceñidos por la red de las crines,
ahogados por las boas que escapan de sus cráneos.

Las uñas de los santos se sujetan
de la perennidad de las soberbias trenzas:
casi tangible nada, memoria sin memoria,
sin la esperanza de dejar de ser.
Son telas de la araña que teje en los rincones
de las criptas, sin presa
que cazar; sin fiereza siquiera.

Amortajan el polvo, disimulan
la ausencia de los ojos,
el olvido de la hoja sangrienta de la espada,
del corazón que cede, que fuga por la boca,
de la gracia del juez, la del verdugo,
del amor del abismo, del ala estremecida
y el compasivo oficio mortuorio de la mosca. Este poema, abundante de carne putrefacta, termina con ese alejandrino de una rara belleza:

y el compasivo oficio mortuorio de la mosca. Así pues, la muerte no es un sinsentido: es la puerta a la eternidad. La fe irradia en esta poesía dándole objeto y propósito a todo lo que toca. Esta teleología contagia a cada verso, a cada frase, de una razón de ser. La convicción religiosa es también una convicción poética y filosófica. Escribe, en "Epitafio":

No arribas a un lugar ni tiene nombre el suelo.
No vas a hallar aquí ni la tortuosa vía
ni el portón entreabierto: la morada y la mesa
puesta para la cena.
No la esperanza ya, sino el descubrimiento.
No la interrogación (sólo la certidumbre).
El Amor, no el deseo. Nunca la posesión;
no sus linderos, sino la plenitud.
No la huida del tiempo ni la existencia vana,
sino el Ser.

Bruno Sáenz es también una rara avis porque va a contracorriente de las tendencias poéticas existenciales del mundo moderno, en las que la conciencia del poeta capitula frente a todo: la lábil Historia, la posibilidad de conocer, una condición humana marcada por el absurdo, la necesidad de un eje desde donde edificar un cosmos. No problematiza el mundo como estas tendencias contemporáneas porque su poesía está hecha de certezas. Y hay certezas porque hay fe, una fe profunda que no da lugar a resquebrajamientos verbales porque no hay resquebrajamientos vitales.

No niego que haya preguntas y perplejidades en esta poesía: las hay, sin duda, pero, como la oración en el Huerto de los Olivos, están también dotadas de un sentido trascendental.

La poesía de Bruno Sáenz nos remite a cierta poesía europea medieval, la de los autos sacramentales y del protagonismo de la fe, sólo que desprovista de su andamiaje simbólico y pesada carga alegórica. Por ello, en suma, se la percibe a la vez tan arcaica y moderna.

NAVEGACIONES. PUCE, 2022

EL VIENTO DEL ESPÍRITU DESATA LOS LEGAJOS

Jorge Dávila Vázquez



GRAN POETA DE LA GENERACIÓN DEL 70, Bruno Sáenz Andrade, es uno de los cinco nombres mayores de esta, con Julio Pazos, Alexis Naranjo, Javier Ponce e Iván Carvajal. Hace más de 40 años defendí la estatura lírica de Sáenz, cuando incomprensiblemente, Hernán Rodríguez Castelo lo omitió en su *Lírica Ecuatoriana Contemporánea*, y desde entonces, he celebrado la evolución de un trabajo sostenido, que ha llegado en la actualidad a su serena y honda madurez.

En enero de 2021, casi al año de la apocalíptica epidemia entregó *EL VIENTO DEL ESPÍRITU DESATA LOS LEGAJOS* (Casa de la Cultura, Quito), poemario de honda trascendencia de contenidos y admirable lirismo. Aunque la temática del autor es varia y rica, sin embargo, me permito destacar 4 aspectos fundamentales, que alcanzan su mejor desarrollo en el libro: lo religioso, lo artístico, lo literario -como una especialización del anterior- y lo familiar. Acerquémonos a estas vertientes poéticas, con el respeto que merece una obra literaria de calidad.

1) Los motivos religiosos en el texto revelan una profunda convicción vivencial, que viene desde siempre y que está arraigada en lo más genuino del poeta, apareciendo ya desde el título mismo del volumen: ese

Viento que desata los legajos de la escritura poética es Aquel que en San Juan es sinónimo del Espíritu, que sopla donde quiere.

A lo largo del libro hay muchas alusiones de carácter religioso, no precisamente devoto, a la manera tradicional, sino saturado de un sentido de fe, de doctrina, y poemas cuyo indudable carácter encaja dentro de esta clasificación, que son verdaderamente magistrales, como *BAUTISMO DEL SEÑOR*: “El Cordero sumerge su cuerpo en el Jordán...”; *DÍA DE IRA*: “El ángel de la venganza sigue el rastro de la presa.”; *VIENTO DEL ESPÍRITU I*: “¡Oh portón siempre cerrado! ¡Oh prados del Paraíso!”; *VIGILIA PASCUAL*: “La visión del pintor rehace el claroscuro... // Roba solo la esencia a la noche de sábado”; y varios más: *PROCESIÓN*, *VILLANCICO*, *A MI ALMA*, *MUERTE Y JUICIO*, *HUERTO DE LOS OLIVOS*, *EL ESPÍRITU SOPLA DONDE QUIERE*, *EL CRISTO A MIS ESPALDAS*, *FIELES DIFUNTOS*, *HOMILÍA*, *VENI CREATOR*.

2) *LO ARTÍSTICO* en la poesía de Bruno Sáenz, es el segundo aspecto que trataremos, al abordar *EL VIENTO DEL ESPÍRITU DESATA LOS LEGAJOS*.



El poeta y sus hermanas

Él es hombre de honda formación artística, con gran conocimiento de la producción estética en sus varias manifestaciones, reforzada por sus viajes e infinitas lecturas. Tres ramas del arte ocupan lugar de privilegio en su sensibilidad y su intelecto; naturalmente, la primera, la literatura, pero sobre ella volveremos en acápite particular; la música, en el centro de la cual ocupan un sitio privilegiado Liszt y lo moderno y contemporáneo, y la pintura, escultura y arquitectura de todas las épocas. Dicho esto, es fácil apreciar las alusiones artísticas en la lírica del autor, aunque estas nunca están en exhibición, si no que forman parte del tejido sutil de su forma de componer los textos. En ARTUR SCHNABEL, COMPOSITOR, evoca la figura de este artista extraño, considerado uno de los mayores intérpretes al piano de Beethoven, Schubert y unos pocos "héroes" más del instrumento, que en la madurez se dedicó a la composición, con sutileza, conocimiento y, según los expertos, y el poeta, con calidad, pero sin interesarse en difundir su obra. Hallo como una especie de paralelismo entre el músico y nuestro autor: "paradójica generosidad de quien firma la hoja y la abandona a la suerte del viento o la sepulta al fondo de la gaveta..."

¿QUIÉN HA DE SUPRIMIRLOS? es un impresionante texto-meditación sobre la supervivencia del boceto, del borrador, del esbozo, más, mucho, más allá de la obra acabada: "son irrenunciables". ¿Cómo así?, el poeta afirma que "formulados en la cripta del alma, no pueden egresar a la nada". Hay siempre una subsistencia "del trazo inicial", que diversos medios lo descubren, como los rayos X en lo pictórico: "el gesto inhábil y la construcción admirable no pueden sacudirse de encima su perennidad de acto cumplido, irrevocable". Finalmente, en el poema TROCADERO, Sáenz busca algo en un sueño, aunque no sabe

exactamente qué: una persona, un sentimiento, "un libro entrañable, una llave de plata"; cayó en los parisinos "jardines del Trocadero, la espléndida fuente..." Y sintió que su alma "se lavaba", era una purificación de arte. LO LITERARIO en la poesía de Bruno Sáenz, señalamos como el tercer motivo que trataríamos, al aproximar su libro.

Desde muy joven, el escritor ha vivido un intenso amor por la literatura, no solo en su hogar, sino también en los centros educativos que frecuentó. Perteneció al Grupo Literario "Ágora", que publicaba una revista y mantenía un claro enfrentamiento con los Tzántzicos, y reconoce el magisterio de Hernán Rodríguez Castelo. Sáenz es uno de los nombres más interesantes del teatro ecuatoriano y

su "Biografía ejemplar del Doctor Fausto" debería constar en todas las antologías de textos dramáticos del país. Ha publicado importante narrativa, siendo su libro "Relatos del aprendiz", el título suma de esta modalidad; tiene un volumen de ensayos; pero lo que destaca sobre todo en su producción son sus diez poemarios, de los cuales nos ocupa el último, quizás el más reposado y maduro de todos los que se conocen. Escrito mayoritariamente en versos amplísimos, cuando no en prosa lírica, directamente, se divide en cinco secciones, en todas las cuales, la meditación literaria ocupa un importante espacio.

Así, en la primera, RUINAS DE LOS CENÁCULOS, hallamos, entre otros, un angustiado "Diálogo con la línea reticente": "Trato de pronunciar un adjetivo, un verbo. Emito un balbuceo...", parece expresar la lucha escritural. En JOB ENTE LAS CENIZAS, el muy expresivo "Desnudez de la palabra": "La excelencia de la lengua ha perdido la memoria del verbo"; en SI EL GRANO NO MUERE, el desolado "Sombra de la letra": "Eso, una sombra, un misterio... queda escrito como trazo de nada sobre la nada."; de MÁRMOL A MEDIO DESBROZAR, la breve meditación en torno a las limitaciones de la creación poética "Nombre de la rosa":

"No recuperan los verbos la forma ni la tersura." Y finalmente, de PORTÓN DESCERRAJADO, diría que trae como un inventario de la tarea de escritor, cumplida a lo largo del tiempo; sin vanidad, pero sin falsas modestias, en su formidable "Reconocimiento", nos dice, aunque metafóricamente, lo que ha hecho en el campo de la escritura, una y otra vez, "Ya corregirán lo ángeles los errores de mi empresa". Y en el epílogo, insiste en que su tarea está cumplida. LA FAMILIA es el motivo final que aproximaremos en el gran poemario de Bruno Sáenz Andrade.



A lo largo de más de 40 años de entrañable amistad. he tenido la oportunidad de conocer a la mayor parte de su familia, y guardo un recuerdo difícil de borrar de su madre, ser de una delicadeza de espíritu admirable, a quien el poeta dedicó más de una composición en otros libros; en este, una preciosa evocación en MEMORIA OTRA: "los labios de la madre (los de una imagen joven...su canción me seguirá hasta los pasillos del hospital de su última enfermedad) mientras susurran la tonadilla pasada de moda." Y hallamos VISITA, un hermoso poema que evoca la presencia del padre muerto hace tiempo. Recuerda que juntos, vieron una comedia musical en Ámsterdam, que le regaló una versión de la "Misa solemne" de Liszt, que le gustaba a él, pese a que no era amante de la música clásica, y que vino a acompañarle a escucharla, "callado, discreto, invisible". Hay múltiples textos en que evoca a su hijo Franz Josef y a la compañera de buena parte de su vida, Elena.

Así, en CAZA NOCTURNA, le dice a ella: "Solo encuentro tu

mano. Entrelazo mis dedos con ella..." En RETRATO DE MUJER: la piensa como una imagen perfecta y la identifica con ella misma idealmente: "¡Oh, gloria! ¡Oh, simulación de la eternidad! ¡Oh, estatua cuyos dones guían la mano dócil del artista!". En la prosa lírica TREN Y PASAJERO piensa en un viaje del hijo en Europa, imagina lo que verá, lo que evocará, las ideas que cruzarán por su joven mente, y acaba dedicando el texto a madre e hijo. Franz está en el hermoso VISITA, y aparece en REMINISCENCIA, invadiendo, con su madre el ámbito sagrado del estudio del padre poeta, en pos del computador. El ermitaño cede, y se prepara a extrañar la joven figura cuando esta salga en pos de ámbitos mayores, porque "la caverna de tu padre se ha vuelto para ti estrecha." Y es el destinatario del cósmico AMANECE, que pinta el sexto día de la Creación, con una admirable potencia lírica. Quedan tantos ricos motivos por analizar, admirar y disfrutar: la amistad, el paisaje, la reminiscencia, la madurez, la tranquila ruta de la muerte, en una poesía que semeja un torrente inextinguible.

BRUNO, SU LADO HUMANO **Elena Kohls López**



El poeta en el matrimonio de su único hijo

NO VOY A REFERIRME NI AL POETA, NI AL MELÓMANO NI AL ERUDITO NI AL CRITICO, SINO AL SER HUMANO A ESE HOMBRE CON QUIEN VIVI MAS DE 35 AÑOS.

SU SENTIDO DEL HUMOR. LA CONVIVENCIA CON UNA PERSONA CARENTE DEL SENTIDO DEL HUMOR DEBER SER DIFICIL `POR NO DECIR: DURA, ABURRIDA DESEMBOCANDO EN ALGO INSOPORTABLE E INAGUANTABLE.

El sentido de humor que Saénz Andrade poseía, era negro, oportuno, sofisticado, malvado, ácido, de tomarlo al vuelo, un "sentido del humor inglés".

En los momentos difíciles o solemnes solía poner una expresión que tan solo verlo pensaba: "que se te está ocurriendo ahora, por favor no abras la boca", y prefería no preguntar para no estallar en una carcajada. En desacuerdos (que todo hogar los tiene) Saénz contestaba con una ocurrencia o chiste, el motivo del impase se desvanecía y.... la vida continuaba. En un acto público teníamos miedo que se sentarán juntos J. Dávila V y B. Saénz, no habría sido raro que los expulsasen del salón por su irrelevante comportamiento y las risas que estallaban.

EL PADRE

LA MEJOR ENSEÑANZA PARA UN HIJO ES EL EJEMPLO QUE RECIBE DE SUS PADRES DIA A DIA

Saénz con su único hijo, no fue hombre de discursos ni peroratas, le dio su ejemplo e hizo hincapié en:

- Es tu decisión lo que quieras hacer, pero recuerda que eres y te harás responsable de los resultados, tendrás que hacer frente a ellos, por lo tanto, piensa bien en las consecuencias posibles.

- No lastimes ni hagas daño a nadie, recuerda que la otra persona tiene también sentimientos y puedes herirlo/a, lo cual es difícil reparar.

- Nunca mientas ni trates de engañar porque el primer engañado eres tú y te harás daño. Su sentido de familia y amor a esta fue grande, orgulloso de su hijo, se su sentido de responsabilidad y de sus logros. Con su familia inmediata (6 hermanos), múltiples sobrinos, sobrinos nietos forman un núcleo fuerte, unido y solidario, respetuoso de las diferencias, orgulloso de cada uno, crítico con alguno de ellos, amoroso de los más pequeños. No concebía un viaje a Europa sin pasar por Suecia visitando a sus sobrinas y sobre todo a sus sobrinos nietos a quienes mimó y quiso inmensamente.

EL AMIGO

El sentido de amistad fue importante en su vida, para con sus amigos del colegio, de la universidad y amistades adquiridas en su vida adulta, eternos amigos como Araujo, Rivas, Dávila Vásquez, Dávila Grijalva, Los del Grupo de La Concordia, amistades entrañables de la época universitaria, mucho le afectó la pronta partida de: Julio Moncayo, Ramiro Dávila y Elena Ponce y Diego Grijalva. Quienes conocieron a Sáenz y fueron cercanos, sabían que en tenían en un leal, sincero, fiel y honesto amigo. La amistad "no es negociable". Sus conversaciones con J. Dávila, R. Dávila, D. Araujo, A. Andrade, V. Rivas, J. Moncayo, no eran largas, eran larguísimas, generalmente de literatura o de música, amén de algo cotidiano. Aprendí que era mejor no molestarlo y olvidarse del reloj. A amistad se la cuida. Durante una época evitó hablar de política para no dañarla o deteriorar esa amistad con algunos buenos amigos, siempre respetuoso de una diferente manera de pensar, aunque no la compartía, pero seguían siendo ante todo "sus amigos/a." Nunca olvidó a alguien que le tendió la mano en épocas difíciles y no dudaba en reconocerlo y agradecerlo.

EL MELOMANO

Su afición a la música data de la época de adolescente, la amistad con V Rivas y los 2 Dávilas, D. Araujo, fue por la afición a la música y las letras. ¿Su compositor preferido? Franz Liszt. ¿Su discoteca? más de 4.500 CDs de música clásica, sin contar con los vinilos. 450 eran CDs sobre Liszt este compositor austrohúngaro, virtuoso pianista, arreglista, profesor de piano. Poseía el mismo concierto en diferentes versiones, interpretadas por varias orquestas, gravadas en diferentes lugares. Sin temor equivocarme creo era uno de los expertos en el tema Liszt. Conoció varias de sus casas, de los lugares que vivió y salas de concierto relevantes para el músico, no importaba el largo viaje para llegar a ellas.

Cuando alguien regresaban de viaje y habíamos conseguido lo que deseaba, en la versión exacta, para curarse en sano, había que traer en la maleta de mano los discos, o a ser posible en la cartera, para no tener que abrir la maleta apenas se entraba en la casa y entregarle los discos, esperaba ansiosamente su preciado tesoro. Cuidadosísimo los CDs, y vinilos (muchas veces excesivo rayando en lo obsesivo), las cortinas de su estudio no se las abrían, pues el sol podría dañarlos. Cuando conocí a Bruno era la época de los vinilos, muchos venían de Rusia, la cola usada en ese entonces era de pésima calidad, por lo que los discos apestaban a pecueca, el olor era insoportable, momento en el que ponía "manos a la obra"

-sacar copia de las pastas

- comprar cartulina suficientemente gruesa para fabricar una funda

- Forrar a esta obra de arte usando rollos y rollos de cinta adhesiva terminando la existencia suya, echaba mano a las de su hermana Tamara. La situación se simplificó cuando se pudo comprar los rollos de papel contact.

Si debido a una mala manipulación una de las patitas de la caja de un CD se rompía, sabía dónde conseguir el reemplazo y las compraba, pero por docenas.

Un disco no se prestaba, se lo duplicaba y se lo regalaba, prestarlo...NUNCA, podían dañarlo, rayarlo porque no saben cómo tratarlos, y muchas veces esa versión era irremplazable (tenía razón).

Conseguir un disco para regalárselo era difícil, preferible que el encargase exactamente lo que deseaba.

En los últimos tiempos el Internet facilitó enormemente esta tarea, de lo contrario tenía un proveedor dueño de un almacén de discos de música clásica, melómano también el Sr Nicolay donde acudía. Pobre víctima, si, es su negocio, pero un cliente que cada dos días llame con la misma frase: ¿llegaron ya?



SU DESPISTE

Hace mas de 36 años quedamos en encontrarnos en encontrarnos en una ciudad X, veníamos de diferentes lugares, teníamos ya las reservas en el hotel, cuando llegué Saéñz se había registrado y salido, dejé mis maletas y pensé: ¿dónde puedo encontrarlo? solo dos lugares, a) en una librería o b) en un almacén de discos, efectivamente lo encontré

buscando discos, me puse junto a él y disimuladamente lo empujé, a lo que respondió

- Disculpe
- Volví a hacer lo mismo por 3 ocasiones, obteniendo la misma respuesta hasta que lo tomé del brazo y le dije: "hola".

- Su costumbre de leer en los taxis (nunca aprendió a manejar) o leer en la calle le causaron algunas pérdidas de libros y la segunda una gran caída en los conchabidos pernos que los contratistas de la EEQ dejan en las esquinas. Dios es grande y si no se mató fue porque semáforo demoró en cambiar su luz ya que fue a parar a media calle roto la frente y magullado.

- Cuando tomaba un libro en sus manos o escuchaba música el tiempo se esfumaba, su capacidad de concentración era fuera de serie.

- Al comprar un libro primero lo forraba para que no se ensucien ni se dañen las pastas, terminada su lectura y ya sin forro lo colocaba en la estantería.

- Si alguien tomaba un libro o un disco con tan solo una mirada teníamos el consabido: "quien entró aquí y me movió mis cosas" SU ENVIDIABLE MEMORIA

Poseedor de una memoria privilegiada y en gran parte fotográfica. En su estudio ya no entraba nada más, los libros y los discos estaban en filas de 2 o de 3 (uno delante del otro) para optimizar el espacio, sin embargo, al buscar un libro sabía dónde estaba, y mas o menos en que número de página estaba el dato que necesitaba.

SU MODESTIA

Nunca presumió de nada ante nadie, era muy consciente de su valía, su conocimiento e inteligencia, no le interesó hacerse propaganda ni escalar en ningún espacio.

En una reunión una persona le dio cátedra de conocimientos de música clásica, Saéñz solo lo escuchó, no dijo nada, hasta que un asistente le dijo: ¿sabes que Saéñz es un melómano consumado, tuvo un programa de música en la TV? y fue crítico musical en El Comercio?

Ha tenido varios programas en la radio, Saéñz nunca refutó, solo escuchó y sonrió.

Una vez me dijo: "Creo que nací en el lugar y época equivocados. Me habrían reconocido y considerado más si nacía en otro sitio." H. Neushaffer, por 3 semestres tomó la poesía de Saéñz como autor latinoamericano en la Universidad des Saar landés. Al enterarse, le escribió y le agradeció por esta deferencia. Cuando años más tarde al fin se conocieron conversaron por horas frente a una copa de vino. Sin embargo, nunca comentó este particular con nadie.

Se sentía muy a gusto en círculos pequeños compartiendo con sus buenos y viejos amigos, y tomando un buen café o un Coñac.

EL BUEN COCINERO

Le gustaba comer, era un buen cocinero, tenía buena sazón, disfrutaba de la comida, su hijo heredó el gusto a la buena mesa a la cocina y a un buen caldo.

A la pregunta.... y cocinas...? Su respuesta era, "Si, porque me gusta comer y con hambre no me quedo".

EL COMPAÑERO

Y lo más difícil es referirme al hombre que amé y amo, a ese ser delicado, tierno y necio. Le pedí infinitas veces que yo sería quien tenía que partir primero y él lidiaría con lo que quedaba, con el sentimiento de pérdida y soledad, no me hizo caso, murió el día equivocado, cuando ya estaba todo listo en casa porque de la Clínica le habían dado de alta.

Las enfermedades que acarreaba dese hace años, la cantidad de partillas que cada médico le recetaba, minaron su salud y parió antes de hora.

Su gran preocupación y gran amor fue su hijo, constantemente repetía "espero que antes de morir tenga un hogar constituido con una buena compañera que lo quiera". Esta preocupación era lógica, fuimos "padres tardíos". estaba esperando la boda para sentirse tranquilo, ya que, según él, vivía horas extras.

En el restringido horario que teníamos en terapia intensiva le pregunté la víspera de su muerte ¿Quieres que entre Andrea? (nuestra nuera), Y su respuesta fue: "Naturalmente, pues ya la adopté".

Dos días luego de la boda ingresó en la clínica y 11 días más tarde se marchó, la causa de su muerte: un triple infarto.

Los dos tuvimos que acostumbrarnos a vivir en pareja, éramos muy distintos y difíciles a nuestro modo, pero nos aceptamos, nos adaptamos con nuestras individualidades, nos respetamos y nos quisimos inmensamente.

BRUNO SAENZ :GENIO Y FIGURAA su Memoria Diego Araujo Sánchez



A un año de la muerte de Bruno Sáenz Andrade, todavía parece irreal el que ya no esté entre nosotros. La última vez que hablé con él, cuando parecía haber superado un problema de salud, que lo mantuvo en estado crítico en la unidad de cuidados intensivos de una clínica en Quito, y se sentía en proceso de recuperación, me dijo que me acompañaría en la presentación de mi novela *Las secretas formas del tiempo*, de la cual fue uno de los primeros lectores y comentaristas.

Con Bruno había mantenido yo una amistad de más de seis décadas, desde cuando nos conocimos en las aulas del colegio San Gabriel y participábamos en las reuniones de la Academia Literaria. Con él, Ramiro Dávila y Vladimiro Rivas y bajo la dirección de este último publicamos, ya universitarios por la década de los sesenta del siglo pasado, la revista *Ágora*, en cuyas páginas aparecieron algunas de las iniciales creaciones poéticas de Bruno Sáenz. Después estudió durante algunos años en Francia antes de graduarse de abogado en la Universidad Católica de Quito.

Desde el periodo colegial, se destacó como un gran lector y por su inteligencia y su talante especial marcado por un agudo sentido del humor. Inclusive en momentos de obligada seriedad, cierto duendecillo jugueteón dictaba a Bruno observaciones en las que campeaban las ironías con las

quebraba las situaciones convencionales del momento. “No puedo evitar los chistes malvados”, me comentaba alguna vez. Ese espíritu le llevaba hacia el guiño burlón. Al amor por los libros, el arte y la literatura; a sus estudios jurídicos y su formación humanística, Bruno Sáenz sumaba una vocación excepcional por la música: creo que pocas personas en nuestro país han hecho acopio como él de una colección tan amplia, selecta y completa de música clásica. Fue siempre un extraordinario melómano. A Bruno no le gustaba presumir de sus talentos; tenía una actitud modesta pero siempre digna y austera, propia de las personalidades en verdad valiosas. Con él, Elena y Franz y los hermanos Sáenz participamos en múltiples reuniones entre amigos y familiares.

En los últimos años, nos reunimos cada semana en la Comisión Lexicográfica de la Academia de la Lengua y contamos con sus valiosos y puntuales aportes para la elaboración del *Diccionario de Ecuatorianismos*. He leído y comentado buena parte de sus libros de poesía, drama, relato y ensayo. Tanto en sus obras de teatro como en sus narraciones sobresale el carácter poético de sus creaciones. En su libro *Mitos, misterios, las siete obras* escritas entre 2003 y 2014 se ubican en los dominios del teatro poético.

No solo por el ritmo, la sintaxis y la capacidad de sugerencia del lenguaje, sea verso libre o sea prosa poética, sino por sus temas y recursos dramáticos. Los temas provienen de los mitos y misterios: unos, de las vertientes clásicas, como Prometo liberado o el de Orfeo que desciende a la región de los muertos en un intento de regresar a la vida a su amada, en Dormición de Eurídice; otros, de las tradiciones locales, como la Piedra de Cantuña y El duende en el baúl, con el mismo tema pero en versión paródica de la leyenda quiteña, al estilo del humor agudo y cerebral de Bruno Sáenz, a ratos con rasgos de aguafuerte goyesco; y otros temas más provienen de los misterios cristianos, como el de Lázaro, un esbozo de drama sacro. Relatos del aprendiz, otro de sus libros, contiene 18 relatos, 15 textos narrativos y tres de diálogos. Llama la atención aquello de Relatos del aprendiz.

Y recuerda el título del primer libro de poemas de Bruno Sáenz, El aprendiz y la palabra. Me parece que esos títulos sugieren, antes que cierta modestia, una actitud de honradez y exigencia sin concesiones en la relación del autor con las palabras o el arte, porque el escritor tiene conciencia del inacabable aprendizaje del oficio y la experiencia poética. En Relatos del aprendiz, al contrario de lo que podría sugerir el título, se evidencia un trabajo de singular madurez y dominio del exigente arte del cuento; y el rasgo más acusado de los textos es su naturaleza poética.

Por las características predominantes de su teatro y los relatos, en esta reunión en su memoria quiero centrar mi atención, una vez más, en la poesía de Bruno Sáenz, en su palabra iluminada.

Su tarea continua en el ámbito de la poesía es una señal de que esta no constituía para él un ejercicio esporádico, ni el fruto de un momento privilegiado o de la súbita inspiración, ni una fugaz etapa para encender ese fuego mágico de la creación poética, según el persistente mito romántico; para él, el oficio del poeta era una actividad

de todos los días, un hábito creador, el resultado de un trabajo consciente, arduo; una forma de ser cotidiana.

Resulta imposible dar cuenta, en un breve comentario, de la carga conceptual, los significados de un mundo poético construido en más de medio siglo de continua creación. Primero porque el auténtico lenguaje poético se caracteriza por la inagotable multiplicidad de su significación. Segundo porque, en el caso de los poemas de Bruno Sáenz, los espesores estéticos y connotativos son bastante mayores y de más densidad que otros lenguajes poéticos.

No es fácil leer la poesía. Nunca lo ha sido. Sin duda es la lectura más exigente. Pero mucho más lo es la lectura de la poesía después de las vanguardias y las grandes innovaciones de la poesía del siglo XX, después de la descomposición de la metáfora tradicional, de aquella que se sustenta en una relación lógica entre el vehículo de esta y el plano evocado; con aquella descomposición son posibles las analogías insólitas, la afinidad que descansa en las emociones, la intuición o los sueños o en una libérrima fantasía. En la poesía en lengua española, las relaciones lógicas como fundamento de la imagen se pierden después del modernismo. Trilce de César Vallejo, expresión mayor de innovación y lenguaje poético alógico, se publica en 1922. Una poesía que exige más lectores poetas es, me parece, una poco ortodoxa pero posible y bastante real caracterización de buena parte de la poesía contemporánea. Esta reflexión general quiere poner de relieve otra de las características constantes de la poesía de Bruno: su predominante sensibilidad estética.

Me impresiona el hondo carácter religioso en la raíz de su creación literaria. No solo por las referencias constantes a símbolos y figuras de la fe cristiana o la intertextualidad bíblica sino, en un sentido más amplio, por la complejidad de la palabra que no es concebida por el poeta como pura técnica, ni simple artificio, sino que al asumir su forma específica en el poema avizora en el horizonte la trascendencia de la vida humana.



La palabra poética es carne, sangre y espíritu. La palabra, como la vida, es trascendente. El poeta se define como un aprendiz de la palabra. No es fácil que esta despierte y cobre vida; esa es la lucha permanente del artista para dar forma exacta a la expresión: "Pesa, pesa la lengua/ en la cuenca sedienta de la boca.// Pesa, pesa la tinta/ en la espada sin filo de la pluma.// Pesa, pesa la sangre/ en la bolsa de la vísceras. // Pesa, pesa el silencio/ en el eco que aguarda, / en la oquedad alerta del oído.// Pesa, pesa la ausencia/ en la voz que se quiebra,/ en la mano que cala, que sofoca la letra/ sobre el papel en blanco/", leemos en "Dormición de la palabra". Y en el poema que sigue a este, se expresa la otra cara de la moneda: el poder de la palabra que ha despertado: entonces es voz persuasiva y apoyo para el ser humano al que conduce desde la sombra a la mesa iluminada; es la idea radiante, armoniosa, verdadera semejante a la mujer desnuda, y es sobre todo la letra, "huella ardiente de la gota de sangre, en la piel o en la tela donde se asienta el pacto del hombre con su alma, del ser con su tiniebla". La voz, la idea, la letra comparten, pues, un lugar trascendente, "en la piel o en la tela donde se asienta el pacto del hombre con su alma..." El poeta es como un pescador de palabras. Esa pesca nos deja con la vida misma, en toda su desnudez e intensidad. Cuando el pez-palabra muerde el sedal del poeta, "como un tajo, la idea corta la transparencia/ Y cede.// Queda la carne sola,/arrimada a las brasas", leemos en el poema "Quiebra". En la visión de Sáenz, el universo no es una radical disonancia: es la suya la visión de un hombre de fe. Por ello, en su interpretación poética del Génesis, halla un acto esencial de Amor: "En vos baja habla Dios:/ crea el oscuro polvo./ Mancha de sombra el ruedo de su manto./ Con saliva amasa al hombre;/ su solo aliento anima el barro. /No necesita abrir los labios;/ nace la estrella de su silencio./

Sobre ella sopla Amor.// Aquí se inicia el vasto coro./Se pone en marcha la galaxia". ("Del Génesis"). Sáenz nunca se cierra a la perspectiva de la fe. Una de las señales es la insistencia en el motivo de la resurrección; por ejemplo, cuando en su evangelio, Mateo narra la muerte de Jesús, el poeta se detiene en los versículos 52 y 53 para su "Estrofa pascual" : ".. También algunos sepulcros se abrieron y fueron resucitados los cuerpos de muchos creyentes. Estos salieron de las sepulturas después de la resurrección de Jesús", leemos en los versículos de Mateo a los que nos remite el poema. El poeta evoca la escena en estos versos: "Se alzaron de las tumbas./ Con las manos, se quitaron el sol de las pupilas./ Aún tenían los ojos cargados de tinieblas./ En las cumbres, ardían los linderos del cielo y de la tierra./ Los muertos aprendieron a anhelar, ese día, los caminos del mundo". Otra vertiente significativa de su poesía es la presencia exultante de la vida, esos momentos de iluminación, intuición y hallazgo de plenitud y transparencia, como los que se expresan en la "Pequeña revelación matutina": "Mi alma despierta con la aurora,/ Tiene los ojos llenos:/ la luz, la transparencia,/ el agua del bautismo./ Conserva la argentina/ memoria de un lucero, fría como los dedos/ azules de la amante,/ cuando abandona el lecho, / subrepticia/ vestida de susurros y de vuelos,/ ¿Quién pronuncia la sílaba en voz baja?/ ¿Quién empuja la voz hasta el borde del labio?/ ¿Quién alza el pabellón de la trompeta?/ No hay para qué aguardar a la mañana/ de la resurrección./ No hace falta apurar el sentido del Verbo./ El hombre que se empina,/ nuevo,/ brote recién abierto del árbol del Edén,/ desconoce las brumas de las reminiscencia./ Todo es para él presente,/ día de hoy:/ el sol recién nacido, su Dios/ la ciudad parpadeante,/ la mujer, el futuro./ (La mirada arrebató la Visión de un espacio/ que muge y se desdobra, /que anuncia y que se esquivo/ igual a un ángel)".

Los motivos opuestos a esta experiencia exultante de la vida, cuando todo parece nacer bajo el amparo del Paraíso, son la muerte, la conciencia de la vida fugaz, el tiempo disgregador e inclemente, la soledad... Qué distintos a los de "Revelación matutina" son los versos del "Epitafio para una fosa común": "El aliento de la muerte/ me ha tocado/ como un ala cenicienta,/ como una espada benigna/ en los ojos, en la boca/ en los pliegues más secretos,/ en los rincones más tiernos/ de la piel./ Es un látigo, es el viento: asciende desde el abismo de las vísceras..." Sin embargo, el horizonte de la vida más allá de la experiencia terrena puede cambiar la dolorosa realidad de la muerte que es la necesaria puerta hacia la trascendencia. Así es posible cantar a la muerte y hasta tratarla con un franciscano tono fraternal, en "Del cántico de las criaturas": "Loado seas, altísimo, omnipotente, buen señor, por nuestra hermana la muerte corporal,/ humilde, limpia y casta, que cumple la tarea de separar el alma de la carne, la estatura del hueso, el nombre de la boca, el paso de la huella;/ que es servicial y fiel e inexorable y conserva en la tumba la memoria del hombre, a fin de preservarla de las devastaciones del tiempo y del pecado hasta el último día". La muerte es vista como el encuentro con el Ser. El límite mayor, infranqueable, se desvanece desde la visión trascendente de la vida humana: "No la esperanza ya, sino el descubrimiento./ No la interrogación (solo la certidumbre)/ El Amor, no el deseo./ Nunca la posesión; no sus linderos, sino la plenitud. /No la huida del tiempo ni la existencia vana,/ sino el Ser" ("Epitafio")

Otros motivos omnipresentes en la poesía de Bruno Sáenz son la familia, la naturaleza, ciertos dones que ofrece la experiencia humana. También se hallan presentes en su mundo poético la ciudad, los libros, la música, algunos de sus artistas preferidos.

La voz más sostenida es la de un yo poético que describe la realidad, interroga y se interroga, sugiere, reflexiona. La emoción, que existe y en abundancia, no se desborda, es controlada por la inteligencia, con la que el lenguaje de la poesía brilla y cobra fuerza y todo su poder de sugerencia.

Más que fiesta de los sentidos, la poesía de Sáenz es celebración de la inteligencia. A través de ella la realidad nos llega iluminada desde otros ángulos. Por ejemplo, en el poema "Plaza Mayor", la Plaza Grande aparece desde el gallito de la catedral, que no se halla a los pies de la sobria majestad de la nave en el interior del templo, sino afuera, en la cúpula, por si lo nota "Tal vez un pasajero que no ha perdido el hábito de contemplar las nubes,/ o un ángel de la guarda que arrebató su carga de los brazos de la muerte y la lleva sin prisas a la puerta del cielo". Junto a las imágenes de ese gallito con plumas de hierro, que cantó con una profusión de metáforas Jorge Carrea Andrade, este poema incorpora la reflexión de cuán largo ha de ser para el gallo de la catedral el camino de la memoria en la ciudad colonial y evoca a otro gallo, aquel que cantó a Pedro las verdades, después de que el discípulo negó por tres veces al Señor. Después, en otro pequeño poema, el gallito de la Catedral se humaniza cuando el poeta lo sorprende en una pesadilla: "¿Qué falanges sacrílegas, qué hierros clandestinos, /piedra a piedra,/ quieren desencajar el muro de la iglesia/catedral?/ El gallo de la cúpula cambia, filosóficamente,/ de costado". ("Pesadilla",) El recurso de insinuar, la sugerencia, son formas de aprehender la realidad desde una visión estética.

En la concepción del universo como una armonía me parece que esta poesía se encuentra con la tradición de la lírica de un poeta admirado por Bruno Sáenz, Fray Luis de León; en la musicalidad, la poesía rinde tributos a Rubén Darío; en la fuerza religiosa, a Paul Claudel; en el rigor, la condensación expresiva, a Jorge Luis Borges. Creo que la obra poética de Bruno Sáenz es de lo más vigoroso, de lo más trabajado con conciencia estética, de lo mejor que ha producido la lírica ecuatoriana en las últimas generaciones.

Al recordar en este primer aniversario de su fallecimiento a nuestro querido amigo Bruno, creemos que se abrirá otra puerta para el reconocimiento y valoración de su extraordinario aporte a la poesía ecuatoriana cuando se conozcan sus libros que, estando listos, no alcanzó a verlos publicados.